

LA IGLESIA, O REINO DE CRISTO YA PRESENTE *IN MYSTERIO (LUMEN GENTIUM, N. 3)*

JOSÉ R. VILLAR

En 1984 la Comisión Teológica Internacional publicó un documento titulado «Temas selectos de Ecclesiología»¹, que quería ser una relectura intencionada de la llamada «charta magna» del Concilio Vaticano II, la Const. dogm. *Lumen gentium*.

La ocasión para este repensamiento de la enseñanza conciliar sobre la Iglesia era la celebración del vigésimo aniversario de la clausura del Concilio. Las dos décadas transcurridas desde el acontecimiento conciliar ofrecían una perspectiva suficiente para valorar la recepción o no recepción de determinados aspectos de su magisterio solemne en la teología y vida de la Iglesia del postconcilio.

El documento seguía para su exposición el mismo orden de los capítulos de la Const. dogm. *Lumen gentium*. Estos «Temas Selectos» abordaban en su capítulo 10 los textos conciliares relativos al carácter escatológico de la Iglesia, es decir, el cap. VII de *Lumen gentium*². La Comisión mostraba su sorpresa ante el hecho de que este capítulo VII, «Índole escatológica de la Iglesia peregrinante y su unión con la Iglesia celeste», «no ha retenido mucho la atención de los comentaristas del Vaticano II. Sin embargo, es, en cierta manera, la clave de lectura del capítulo II, puesto que señala el fin hacia el que se encamina el pueblo de Dios» (n. 10. 1).

Tras insistir en la íntima unidad de la Iglesia, celestial y terrestre, la Comisión subrayaba que existe la Iglesia «una» en diversos «estados». La dimensión celestial, ya presente en este mundo escondida en la visibilidad terrena de la Iglesia que peregrina, es parte esencial del misterio de la Iglesia.

1. Texto oficial latino en COMMISSIO THEOLOGICA INTERNATIONALIS, *Documenta* (1969-1985), Città del Vaticano 1988, pp. 462-558. En castellano, edición que aquí seguimos: COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *Documentos 1969-1996*, Madrid 1998, pp. 327-375.

2. *Ibid.*, pp. 370-375.

Pasaba luego la Comisión a examinar una de las cuestiones «difíciles» —así la califica— implicadas en el carácter escatológico de la Iglesia peregrina. Nos referimos a la relación «Iglesia y Reino de Dios», que trata el documento en los epígrafes 2 y 3 de su capítulo 10.

A esta cuestión queremos dirigir la atención. Pero antes necesitamos exponer el marco en el que se inserta la reflexión sobre Iglesia y Reino. Es conveniente, en concreto, partir de la esencia de la Iglesia y su realización en la Iglesia celeste y terrena.

1. LA *COMMUNIO* O ESENCIA DE LA IGLESIA

La Iglesia consiste en la comunión en la que los hombres alcanzan la perfecta unidad entre sí, al entrar en la comunión con el Dios Trino. La Iglesia es esencialmente unión de los hombres a Dios Padre, por Cristo en el Espíritu Santo.

Esta comunión-participación humana en la comunión de vida divina intratrinitaria, está *incoada* ahora por la gracia, y su *manifestación* plena es la gloria. Pero es fundamentalmente la misma comunión, entonces y ahora. La Iglesia existe en dos estados y en ambos se realiza, en forma y grados diferentes, la misma *communio*: por eso existe *una* Iglesia.

Ahora bien, la Iglesia del cielo es la «verdadera» Iglesia en el sentido de que en ella se realiza de manera *perfecta* la esencia íntima de la Iglesia. Por eso, ella es el *modelo* de la militante y a ella tiende esta última como su *término final*. En palabras de P. Rodríguez, «la *simplicidad* de lo que *es* la Iglesia en su momento consumado y final lleva a discernir la formalidad más profunda de la Iglesia también en su estadio incoativo y terreno, caracterizado por la *complejidad* de que habla *Lumen gentium* 8/a. Se trata de comprender lo incoativo desde lo consumado, la anticipación desde la plenitud; en definitiva, lo imperfecto desde lo perfecto. Solo así aparece el misterio que se esconde en el germen, en la anticipación»³.

2. LOS «ESTADOS» DE LA IGLESIA

El cap. VII de la Const. dogm. *Lumen gentium* recoge algunas de esas afirmaciones principales sobre los «estados» o las fases de la Iglesia en las que se realiza la *communio*. Entre otras, las siguientes: 1.^a la Igle-

sia única, la Iglesia de Cristo, sólo alcanzará su plena perfección (*consummabitur*) en la «gloria celeste»; 2.^a esto tendrá lugar cuando llegue «el tiempo de la restitución o restauración de todas las cosas» (cfr. Act 3, 21), y junto con el género humano sea restaurado en Cristo el universo entero (cfr. Ef 1, 10; Col. 1, 20; 2 P 3, 10-13); 3.^a Hasta entonces los «discípulos del Señor» viven en tres situaciones simultáneas (cfr. LG, 49): las de peregrinación, purificación, y glorificación.

Estas afirmaciones sirven para prolongar ulteriormente nuestras consideraciones. Como el estado de «purificación» participa de las condiciones de los otros dos, lo dejamos ahora al margen, para centrar la atención en la Iglesia celestial y la Iglesia peregrina.

a) *La Iglesia celestial*. La Iglesia del cielo es la perfecta realización de la comunión de vida divina en Cristo. En ella, 1) los discípulos que triunfan comparten la misma (específicamente) gracia santificante, caridad y el mismo *lumen gloriae* y bienaventuranza; 2) su «estructura» es exclusivamente la que es propia de la gracia que se manifiesta como gloria.

b) *La Iglesia peregrina*. Se caracteriza por: 1) su condición *peregrinante*, que implica imperfección y expectativa; 2) el carácter *incoactivo* de la comunión de vida divina; 3) esta comunión se realiza bajo el *régimen de fe y de sacramentos*, exclusivo de esta fase terrena; 4) este régimen es *provisional* «en sus sacramentos e instituciones, que pertenecen a la imagen de este mundo que pasa» (cfr. LG, 48); 5) provisional no significa accidental, pues forma parte del misterio de la Iglesia, de su *realitas complexa* (cfr. LG, 8), el que esas estructuras y sacramentos, aún siendo provisionales, realizan la *communio* mientras camina en la historia.

c) Entre los estados *terreno y celestial* de la Iglesia hay «continuidad»: son estados de la misma Iglesia, de la única «comunión de los santos». El conocimiento de Dios que da el *lumen fidei* tiene continuidad ontológica, basada en la gracia, con el *lumen gloriae* que es su plenitud. Esta continuidad cabe también afirmar de la gracia con la gloria⁴. Lo cual significa que la *communio* que se realiza en la Iglesia peregrina es *anticipación* ya en la tierra de la *communio* celestial.

d) La plena perfección de la Iglesia es *futura*: se dará cuando llegue el día del Señor al final de la historia terrena. Por esta razón, la *ac-*

4. La gracia propia de la gloria del cielo «non est alia numero a gratia praeveniente per quam nunc iustificamur. Sicut enim caritas viae non evacuatur, sed perficitur in patria, ita etiam et de lumine gratiae est dicendum: quia neutrum in sui ratione imperfectionem importat» (*S. Th.* 1-2, q. 111, a. 3, ad 2).

tual fase glorificada de la Iglesia no se identifica *simpliciter* con la situación *consumada* de la Iglesia. Los santos del Cielo tienen ya la glorificación de sus almas y la contemplación de Dios, pero tienen esta plenitud escatológica en estado de primicia: les falta el cuerpo glorificado⁵, y los nuevos cielos y la nueva tierra (2 P 3, 13).

La Iglesia *consumada*, en consecuencia, se identificará totalmente con el Reino de Dios en su perfección escatológica. La cuestión que ahora nos proponemos, en cambio, es la relación entre el Reino y la Iglesia *en la historia*, y en qué sentido se identifican o se diferencian Reino e Iglesia en esta fase terrena. Podemos ahora retomar el tema tal como lo exponen los «Temas selectos» de la Comisión Teológica Internacional.

3. IGLESIA Y REINO

La Comisión trata inicialmente la historia del tema. La identificación entre Iglesia y Reino, y el carácter esencialmente celestial de la Iglesia en este mundo —afirmación tradicional desde la época de los Padres y los teólogos medievales—, sufrió un profundo cuestionamiento en los siglos XIX y XX, cuando el Reino se distancia, e incluso se opone, a la Iglesia histórica.

Con esto —añadimos— se quebraba la comprensión de la única Iglesia como realidad esencialmente divina que vive en la historia. Coherentemente, la profesión de fe en la Iglesia como «comunidad de los santos» quedará relegada —en el mejor de los casos— a un capítulo de la teología espiritual, con escasa operatividad para la inteligencia de la Iglesia y de su existencia, expuesta a una sociologización extraña a su verdadera naturaleza.

Sin mencionar explícitamente este trasfondo, la Comisión tiene a la vista esta separación entre Iglesia y Reino que pervive en algunos planteamientos, aun dentro de la teología católica. Por esta razón, el documento relee la enseñanza del Concilio, en primer lugar, respecto de la identidad entre Reino e Iglesia en la etapa final y, después, respecto de la relación del Reino con la Iglesia peregrina.

En relación con el primer punto, la Comisión concluye de la enseñanza conciliar que no hay diferencia, en cuanto a la realidad futura al fin de los tiempos, entre la Iglesia «acabada» (*consummata*) y el Reino «acabado» (*consummatum*).

5. Con la excepción de los cuerpos gloriosos de Jesucristo y la Virgen María.

En cambio, la relación entre el Reino «en el momento presente» y la Iglesia que todavía peregrina en la tierra —relación que constituye el aspecto problemático del tema— la Comisión la califica de «sutil», puesto que «Reino presente» e «Iglesia peregrina» en parte se *identifican* y en parte se *diferencian*.

El texto de la Comisión, sin embargo, insiste decididamente en la *identidad* entre Iglesia peregrina y Reino, ya que es este el punto puesto en entredicho. Afirma así que el destino de la Iglesia y el destino del Reino aparecen inseparables en los Evangelios: Jesús comenzó la Iglesia predicando la llegada del Reino de Dios. Hay una «perfecta simultaneidad» entre el inicio y el crecimiento de ambos, Reino e Iglesia. Muchos elementos que en el Nuevo Testamento se describen como crecimiento del Reino son también rasgos del crecimiento de la Iglesia, y se describen con los mismos términos. Pertenecer al Reino supone pertenecer —al menos de modo implícito— a la Iglesia. La *diferencia* entre ambos estriba —recuerda la Comisión— en que la Iglesia es «germen et initium Regni» (LG, 5), expresión conciliar que indica a la vez esa identidad y la diferencia; ella tiene por misión no sólo anunciarlo sino también instaurarlo. La Iglesia peregrina es ya el Reino presente *in mysterio*.

La identidad entre Iglesia y Reino invita al documento a ofrecer unas consideraciones sobre el uso (análogo) del concepto de *sacramento* en la frase «Iglesia, sacramento del Reino». Tras recordar que no se trata de una expresión conciliar, entiende sin embargo que puede resultar legítima bajo unas condiciones, entre las que ahora interesan dos:

1.^a La Iglesia peregrina puede llamarse «sacramento del Reino», pero del «Reino comprendido en el sentido pleno de su cumplimiento».

2.^a La Iglesia peregrina es sacramento, es decir, causa eficaz de este Reino que hace presente *in mysterio*. No es, en consecuencia, puro signo del Reino, sino que lo instaura ya en la tierra y se identifica con él.

Como vemos, al documento le interesa ante todo subrayar la íntima relación entre Iglesia en la tierra y Reino de Dios. Se entiende que no desarrolle con detalle la diferencia entre ambos. Aparece de nuevo la cuestión en la que queremos centrarnos: en qué consiste la diferencia.

4. EL REINO Y LA *ECCLESIA PEREGRINANS*

El entonces profesor en Friburgo, Christoph von Schönborn, encargado de trabajar esta zona del documento, presentó durante el pro-

ceso redaccional de la Comisión una ponencia en la que ilustraba los fundamentos teológicos de este apartado de los «Temas selectos»⁶.

Del *dossier* de datos de la Tradición podía concluir que la Iglesia tiene su verdadera morada en el cielo y simultáneamente vive en el tiempo en *status* de *ecclesia peregrinans*. Más precisamente, para san Agustín —seguido por santo Tomás— la Iglesia existe en *dos* estados, que identificaban como el estado «incoativo» (*nunc*), y el estado «definitivo» (*tunc*) del Reino de Dios; pero se trata siempre de la misma y única Iglesia. El Reino de Dios, para Tomás de Aquino, es la *congregatio fidelium* de los que caminan en la fe (*Ecclesia militans*); y es también el «collegium» de aquellos que ya se hallan estables en el fin alcanzado (*Ecclesia triumphans*) (cfr. *In IV Sent.*, d. 49, a. 2, q. 5, sol., 5). Pero es siempre el mismo Reino de Dios.

Quizá se halle aquí —en una profundización sobre estos «estados» del Reino— el modo de superar la separación entre Iglesia peregrinante y Reino de Dios, que la Comisión consideraba indeseada. Para arrojar alguna luz sobre este tema resulta necesario, sin embargo, una clarificación de conceptos.

Hay que desechar una inteligencia de estos «estados» del Reino como la sucesión de dos fases diversas: una, la fase terrena —la Iglesia— como mera *preparación* de la fase *posterior* definitiva —el Reino— que sería su *prolongación*, cualitativamente diversa. Por aquí suelen apuntar las corrientes teológicas que remiten el Reino al último momento estrictamente escatológico, y reducen la Iglesia a signo que anuncia ahora ese Reino futuro. Ante esto hay que recordar que el Reino de Dios *ya está* presente en este mundo.

Ahora bien, este Reino «presente», que se identifica con la Iglesia peregrina, tiende a su vez hacia su consumación *definitiva*, hacia un estado futuro aún no alcanzado. De manera que el Reino de ahora —*nunc*— «en el momento presente» no es todavía el Reino como será entonces —*tunc*— *definitivamente* consumado. Su situación presente es la de Reino *incoado* en quienes ya viven en comunión con Dios y entre sí en el cielo y en la tierra, en espera de la consumación final.

Cuando algún planteamiento teológico renuncia a identificar la Iglesia peregrina con el Reino es porque considera sólo el Reino en su estado *definitivo*. En esta hipótesis se rechaza, con razón, su identificación directa en la historia. Hay que decir a esto que, en realidad, la

6. Ch. VON SCHÖNBORN, *L'Église de la terre, le Royaume de Dieu et l'Église du ciel. Notes sur «Lumen gentium»*, chapitre VII, en «Esprit et Vie» 96 (1986) 689-697.

Iglesia en la tierra se identifica con el Reino *incoado* en la condición celestial de sus miembros que ya «triunfan» y que viven en comunión con los que todavía «peregrinan» en la tierra: unos y otros todavía están a la espera de la consumación al final de los tiempos.

Resumamos lo dicho hasta el momento: a) La Iglesia acabada (*consummata*) y el Reino acabado (*consummatum*) se identifican bajo todos sus aspectos; b) La Iglesia peregrina se identifica con el Reino *incoado*.

Permanece en pie, sin embargo, la cuestión de si esta identidad entre Reino *incoado* e Iglesia *peregrina* se da bajo todos sus aspectos. A esto se puede decir:

1.º La fase terrena del Reino de Dios es *anticipación* del Reino de Dios consumado; ambos son *diversos* entre sí, pero no completamente *extraños*. El Reino de Dios entra *ya* en el mundo en la persona de Cristo pero permanece *todavía oculto* en la condición imperfecta de lo terrene.

2.º La Iglesia en la tierra no se identifica, sin más, —lo hemos dicho— con el Reino de Dios consumado. La Iglesia peregrina forma parte de esta fase terrena del Reino de Dios. Pero en parte se identifica y en parte se diferencia con la fase terrena del Reino. Según los términos sacramentales clásicos, el misterio de la Iglesia peregrina consiste en ser a la vez la *res* y el *sacramentum*: *sacramentum et res*. De una parte, la Iglesia en la tierra *es* el «Regnum Christi iam praesens». Pero *en cuanto* es *también* su sacramento se diferencia del Reino, es decir, en cuanto *lo anuncia e instauro* en la tierra «in mysterio»: la Iglesia peregrina es «populus Dei hoc Regnum inducens» (LG, 13/b).

Esto pide una explicación articulada.

5. LA *ECCLESIA PEREGRINANS*, SACRAMENTO DEL «REINO EN EL MOMENTO PRESENTE»

Antes hay que clarificar un presupuesto, a veces olvidado al aplicar analógicamente a la Iglesia la terminología de la teología sacramental. En efecto, fácilmente se oponen en ocasiones *sacramentum* y *res*, como dos elementos separables de que se compone el «sacramento». Por esto, la Comisión manifiesta cierta prevención hacia el uso analógico de la palabra «sacramento del Reino» aplicada a la Iglesia, en la medida en que este uso se encuentra en contextos que a menudo presuponen que si la Iglesia en la tierra es el *sacramentum* del Reino, entonces ya no es la *res*, el Reino mismo.

Decir que la Iglesia es «sacramento del Reino» no supone excluir que sea a la vez la *res*, el Reino; más bien sucede lo contrario. El *mysterion* cristiano es más complejo que el esquema recién mencionado. El «mysterion» cristiano es la realidad divina bajo el velo de lo visible y creado. Los «mysteria» son acciones invisibles presentes en la visibilidad en que se comunican. El *mysterion* o «sacramento», en breve, es *a la vez* la unidad de lo invisible en lo visible, esto es, a la vez *res et sacramentum*. Si cabe hablar —y es necesario— de *sacramentum* y de *res*, para dar cuenta del signo visible y la realidad invisible, no hay que olvidar que ambos pertenecen a la unidad del «mysterion». La «Ecclesia peregrinans» es el Reino presente «in mysterio», es decir, es el Reino que crece bajo el régimen de lo invisible en lo visible.

1.º *La fase terrena del Reino y la ecclesia peregrinans*. La Iglesia peregrina, en cuanto anuncia la palabra y celebra los sacramentos (*ecclesia congregans*), es el medio visible o instrumento del Reino. Pero en cuanto ella recibe eficazmente la Palabra y los Sacramentos (*ecclesia congregata*), es el Reino mismo *iam praesens in mysterio*, que vive y crece en la historia como realidad significada y realizada por la Palabra y los Sacramentos.

En consecuencia, no hay «distancia» entre la Iglesia y el Reino en la historia en tanto que *res*; en cambio, en tanto que medio visible, la Iglesia en sus sacramentos e instituciones está al servicio de la realización del Reino. Por aquí se comprende que Iglesia peregrina y Reino en la historia en parte se identifican y en parte se diferencian. Se identifican en cuanto *res*, ya que no existe el Reino «separado» de la Iglesia; se diferencian porque el Reino presente «in mysterio» no es pura y simplemente la institución eclesial en cuanto *sacramentum*, sino la *res* que ésta «anuncia e instaura»⁷.

2.º *La ecclesia peregrinans y la ecclesia consummata*. El Reino que se hace presente —lo hemos dicho ya— es el Reino *provisionalmente* consumado. Cabría decir que el «Reino ya presente» o Iglesia peregrina, se constituye a su vez en *sacramentum* de la realidad última, la *res tantum* a la que tiende: la Iglesia en la tierra es signo (*sacramentum*) del Reino (*res*), que a su vez, es incoación real de la Iglesia *definitivamente* consumada al fin de los tiempos. Ciertamente la analogía tiene aquí su límite: este Reino «in mysterio» no es signo y causa de algo diverso de sí mismo; ya es la *res tantum* escatológica del Reino que crece hasta su consumación definitiva.

7. La fe y la pertenencia al Reino implica siempre fe y pertenencia a la Iglesia *en cuanto* «sacramentum», aunque esto suceda de modo implícito.

SÍNTESIS

1. La Iglesia y el Reino se identifican en la consumación del final de los tiempos. Se dará entonces la comunión que es el Reino de Dios como «estado» definitivo de pura *res* sin mediación institucional.

2. Hasta entonces, el Reino vive y crece ahora —*nunc*—, de la manera siguiente: a) como Reino en la *actual* fase glorificada de la Iglesia, en cuanto realidad (*res*) de comunión divina; b) este Reino —no otro— se hace presente «in mysterio» en el régimen sacramental y visible de la Iglesia peregrina.

3. En consecuencia, la Iglesia peregrina es, a la vez, *res et sacramentum* del Reino, *presencia* germinal e incoativa de este Reino, y el agente al servicio de su instauración. La Iglesia peregrina se identifica con la realidad del Reino (en cuanto *res*); pero se diferencia del Reino en su fase terrena en cuanto lo anuncia y lo instaura en este mundo (en cuanto *sacramentum*).